

un Padre de la Iglesia. Sobre ella, vestido de pardo y tocado con la gorra de piel de conejo, acomodado en las enormes aguaderas, entre sombrillas y bastones y trespiés fotográficos que dan a la bestia un aspecto de roto bergantín, navega Rodríguez (II, 43-5).

No puedo detenerme a indicar las resonancias literarias (incluida la juanramoniana) que se aprecian diseminadas por todo el relato, muy ajustado al característico esquema tripartito –salida, ruta y regreso– y en el que, junto a la narración de la excursión se dan las visiones paisajísticas –que en *El Espectador* desprenden «jirones ideológicos»–, de marcado acento plástico, atendiendo siempre a los contrastes de colores y de formas, como en un cuadro cubista:

Sierra Ministra se compone de unos barrancos sembrados de piedras cárdenas y de piornos verdinegros. Es un lugar solitario hasta la exaltación, remoto del universo. Mas súbitamente la montaña se derrumba sobre un anchísimo valle amarillo y sangriento. Allá, muy lejos, en el centro de su base, una capillita románica nos presenta sus tres ábsides redondos, de línea graciosa, suave, como senos de mujer (II, 49).

Ecos de este relato retornan en «Notas de vago estío», donde el narrador amplía aspectos de aquel viaje, como el episodio de la tormenta. Ahora bien, si voy muy de pasada sobre estos textos es porque en ellos Ortega no rinde el *maximum* de sus posibilidades. Como tampoco lo hace en «Las ermitas de Córdoba» (1904) o «Las fuentecitas de Nuremberga» (1906), relatos muy pegados –en forma y figuras– a los esquemas del momento. El genuino viajero de Ortega es el espectador-meditador de que antes me he ocupado y, por ello, debido al relieve que el personaje tiene, he decidido no respetar en mi estudio la cronología. Para situar, en primer lugar, a su personaje más esencial.

A. R. F.

El perspectivismo americano de Ortega y Gasset

Marta Campomar

Para analizar el perspectivismo americanista de Ortega no es suficiente preguntarse de qué manera ha influido en su obra la experiencia americana, asimilada en gran parte por lo que vivenció en Argentina en sus tres viajes del 16, 28 y 39-42. Los textos orteguianos presentan otro desafío más complejo que el de la mera contaminación americana. El pensamiento europeo o español de Ortega, expresado en otro contexto transcontinental, se transforma, adapta y adquiere movilidad propia ante una audiencia americana con sus aspiraciones de modernidad ajustadas a su efectiva realidad distinta a la europea. Un texto abstracto de Ortega en las *Obras Completas* pierde su riqueza y escala interpretativa si no se toman en cuenta las circunstancias que lo estimularon, los públicos a quienes iba dirigido y el real sentido íntimo de diálogos que esconden con frecuencia situaciones afectivas importantes que luego pasan a ser un organismo más estructurado de ideas culturales, filosóficas, psicológicas o sociales. En el caso de Argentina, allí descu-

brió un auditorio más sensible, un nuevo estilo de humanidad occidental que se incorporó a su obra principalmente entre el período de entreguerras, desde 1916 hasta 1942.

El perspectivismo americanista de Ortega incluye otro factor importante, el económico, que va más allá de lo afectivo, o de los ejercicios intelectuales. Desde 1916 Ortega vislumbró que de su viaje de la Cultural se le abría la perspectiva lucrativa de un mundo editorial americano ávido de cultura y ciencia. A su mujer le confiesa antes de su retorno a Madrid en 1916 que *El Espectador* se vendería muy bien en Buenos Aires. Ya le estaba rindiendo beneficios económicos durante su estancia en Argentina, y por este mismo motivo se apresuró en su segundo tomo a incluir a sus lectores del nuevo mundo americano, alegando que tal vez allí sería mejor entendido por ser el argentino un público más perspicaz, más curioso y capaz de emoción que el metropolitano.

La revista *Nosotros* fue muy rápida en captar esta intención al reseñar el tomo II de *El Espectador*, que —según dice el articulista— salió con atraso, comentando: «Bien es verdad que de este retraso los argentinos somos los que menos derecho tenemos a quejarnos, puesto que a la estada de Ortega entre nosotros se debe principalmente». Así lo explica el autor de «Palabras a los suscriptores» con que inicia este segundo volumen. El comentario daba a entender que fue escrito casi en su totalidad antes del viaje de Ortega a Argentina y que no contenía nada sobre lo que él denominaba «la experiencia más aguda que puede hacer un español espiritual», que era cruzar el Atlántico para empaparse de emociones nuevas de vida ascendente. Sin embargo, el articulista pesca que el ensayo a Azorín estaría dedicado a una señora argentina, sin percatarse de las implicaciones amorosas de su contenido, que iba más allá de la crítica literaria superior. El comentarista de *Nosotros* percibe las apreciaciones lisonjeras hacia el público argentino, entendiendo que con ellas se abría un nuevo mercado editorial, y confirmando

Ortega desde Madrid que buena parte de sus lectores preferidos estarían en Buenos Aires.

Ortega en este volumen de *El Espectador* no deja dudas acerca de la necesidad de acortar las distancias entre una y otra capital, captando las modulaciones espirituales no sólo de argentinos, sino de toda una raza hispanoamericana donde convivían múltiples Españas que se asimilaban a un continente distinto al europeo. Su comentario es que «gracias a la independencia de los pueblos centro y sudamericanos se ha preparado un nuevo ingrediente puesto a actuar en la historia del planeta: la raza española, una España mayor, de quien es nuestra península sólo una provincia».

El círculo concéntrico del pensamiento orteguiano desde el viaje a Argentina se ensancha hacia la problemática de todo un continente, nutriéndose de pensamiento y técnica europeos. Con el tiempo, el horizonte orteguiano, donde no se pone el sol, ampliará su radio editorial por medio de la *Revista de Occidente*, que se funda en el mismo año en que Ortega firma contrato exclusivo con el diario argentino *La Nación*. Desde esta cátedra periodística que llegaba a lectores de toda la América hispana, y manteniendo el engraje intelectual de *El Espectador* y la *Revista de Occidente*, Ortega se asegura un gran mercado editorial en América del Sur. Para cuidar un mercado, se requería capacidad para intuir las necesidades de dicho público, trazando diferencias y proximidades entre un mundo antiguo y pueblos en *status nascens*. La retina intelectual de Ortega se moviliza en dos niveles: la óptica europea y la americana, orientando simultáneamente con su docencia a lectores con escalas de valores muy distintas.

La mirada histórica orteguiana, que contempla variaciones culturales y prototipos diversos en una antropología filosófica de carácter intimista, la misma que advierte lo que permanece idéntico en un acervo cultural común a pesar de las mudanzas, la que contempla cambios en el sistema espiritual y corporal del hombre a lo

largo de los siglos, esa mirada histórica se alarga y moviliza fundamentalmente en estas dos direcciones, la europea, de vida descendente, y la americana, de vida ascendente. Reiteradamente, dentro del péndulo de la cultura occidental Ortega marca la línea divisoria entre el viejo mundo y el americano, que nace de la costilla de Europa y que también arrastra crisis y renovaciones permanentes. En ese ir y venir de antaño y en su ir hacia futuros promisorios, Ortega adapta el real sentido de su docencia desde el diario *La Nación*. Un texto orteguiano leído desde las columnas de este diario porteño provoca una cadena de reacciones que no serían las mismas que generara *El Sol*, aunque varíe poco el contenido de los artículos.

Las palabras orteguianas, con frecuencia provocativas, suelen conmover las auténticas vísceras del público que las recibe, y a su vez generan en Ortega respuestas sutiles que aparecen mechadas a lo largo de sus textos más profundos, añadiendo complejidad estructural a ese animal viviente que son los textos orteguianos, pura movilidad y agilidad interpretativa de un lado al otro del continente. Al hablar de Luis Vives en Argentina, Ortega describía la pupila de un historiador como un ser que trota sin descanso, como el perro que le acompaña, moviéndose del hecho que estudia hacia atrás y de él hacia adelante. El pensador está siempre en viaje, *in via*, movilizándose del hecho que estudia, descubriendo lo que fue ese hecho positivamente para quien lo vivió. Lo mismo podría decirse de lo que Ortega llamará en el año 32, al explayarse sobre los Estados Unidos, «el hecho americano», con su audiencia argentina vitalmente adherida a sus consecuencias, absorbiendo de este hecho el real sentido íntimo de su vida y su propio destino de miserias y esplendor como nación.

Si en el 40 Ortega insiste en ensanchar la mirada dentro de su razón histórica, en el 16 la expresión clave para el mismo proceso sería el perspectivismo historicista que involucraba el descubri-

miento de un nuevo nivel cultural americano del cual no tenía todavía suficiente precisión. A lo largo de años de docencia e intercambio íntimo, Ortega irá agudizando su percepción «del hecho común americano más allá de las diferencias de Norte, Centro y Sur». Entendía este hecho como una forma de vida humana distinta a la europea y oriental, que con el tiempo, y a pesar de guerras y recesiones económicas, aspiraba a arrastrar al mundo y a Europa misma dentro del *american way of life*. Aclaremos que los contemporáneos de Ortega nunca entendieron el término «americano» con exclusividad para determinar la identidad del coloso del norte. Americanos eran los que habitaban y hacían nación en un continente joven de norte a sur, con olvidadas civilizaciones soterradas dentro de su condición de pueblos que según Ortega habrían nacido al mundo cuando ya todo estaba hecho. Estas naciones emergentes eran gajos de Europa con fermentos culturales e históricos separatistas. Lo que derivaba en búsqueda de raíces perdidas o en la necesidad de reinventar nuevos módulos de convivencia y creación artística.

El perspectivismo cultural orteguiano hacia América se inició abriendo un horizonte historicista con estratos históricos específicos. Podríamos dividir el proceso en cinco direcciones: la primera enfocaba la realidad social del aluvión inmigratorio. La segunda miraba hacia las Atlántidas, pueblos antiguos sumergidos o evaporados en pasados ancestrales, llamando la atención desde el diario *La Nación* sobre «el fenómeno de América Latina con sus culturas latentes, ya sean prehistóricas o como pueblos salvajes». La tercera pasará por las transformaciones del hombre masa en América, que le conducen a un fino análisis de una nueva casta burocrática estatal en Argentina, y a la uniformidad del hombre *standard* norteamericano, que se perfila con más precisión en su *Rebelión de las masas*. El cuarto eslabón, que procede de los anteriores estratos, le conducirá hacia el tipo del pionero americano, el que vivió y condujo la vida colonial anterior al fenómeno inmigratorio y que tam-

poco se asocia con el conquistador o el administrador de las colonias. Una quinta categoría, que subsiste desde sus reflexiones argentinas en 1916, será el modelo imperialista de estas emergentes repúblicas a las cuales vincula al fenómeno del Imperio romano, emporio universal de civilización aglutinadora de razas con ambición de convertirse en potencia internacional.

Estas cinco categorías no sólo aparecerán en textos orteguianos dirigidos a los argentinos; algunas, como intimidades, pasarán también a ser parte integral de los círculos concéntricos filosóficos o de sociología o antropología cultural a los cuales une Ortega razón vital y razón histórica desde 1916 hasta 1942. El perspectivismo americanista orteguiano es muy rico y tiene raíces más vastas de lo que se ha percibido en estudios de la obra de Ortega. Pero insistimos en su doble faz luminosa: lo que Ortega recibe e incorpora a su pensamiento europeo de la experiencia americana y lo que selecciona y acomoda hacia la óptica americana de su pensamiento europeo, que a su vez es absorbido y reelaborado en otra dimensión interpretativa por todo un continente haciéndose progresivamente historia. Cuando Ortega se despide de los argentinos por la radio en 1941, les desea buena suerte al anunciar que la vida colonial y la vida paradisíaca se estarían extinguiendo y que América entraría en su madurez escribiendo sus propios capítulos de historia universal. Y es en este punto donde concluye la docencia americanista de Ortega.

Desde un punto de vista cronológico, el perspectivismo de Ortega se pone en marcha desde sus conferencias en la cátedra de la Cultural. Surge de su gigantesco esfuerzo por ayudar al pueblo joven a conocerse a sí mismo y a «hacer nación» más que filosofía. Argentina, que recién iniciaba su despegue en 1810, en los albores de las Cortes de Cádiz, ensayando sus primeros pasos liberales a nivel político, nace como nación independiente a un mundo decimonónico burgués, de fuerte raigambre positivista, con su retórica

de progreso y determinismo científicista que en América del Sur prendió como ideal nacionalista. A pesar de su aparente prosperidad agro-cerealista, la Argentina era a principios del siglo XX una república que todavía no tenía resuelta su identidad. Tironeada entre lo europeo y la doctrina Monroe de «América para los americanos», descuidando los secretos ocultos de la Indoamérica y renegando del nexo con España, su destino era un tanto confuso. Su posición en el tablero internacional, que oscilaba entre panamericanismos, antieuropeísmos y fobias antihispánicas, la hacía vulnerable a la hora de definir esencialidades, a pesar de su éxito económico obtenido en la venta de carne y trigo al mundo. Las relaciones culturales e históricas con la Madre Patria, realidad conflictiva que Ortega palpó en su primer viaje, en 1939 todavía no estaba resuelta. Ortega afirmará taxativamente para las bodas de plata de la Cultural que las relaciones subsisten «más allá de toda voluntad o de todo capricho que quiera negarla».

El primer perspectivismo entre argentinos tuvo varias facetas. Surgía como resistencia al positivismo universitario, al darwinismo dominante, al psicologismo experimental que sometía a la filosofía a ser ciencia de laboratorio, rebajándola ante la superioridad de otras ramas de las ciencias naturales, y como respuesta ante una sociedad cuyo gran valor cultural era el utilitarismo económico. Al otorgarle Ortega a la filosofía un sentido de ciencia de la duda y la contradicción, describiéndola como un frente abierto hacia los enigmas universales, abría las puertas a un vitalismo filosófico donde los sentidos, la sensualidad, la intimidad personal y de las naciones, el amor, y los mitos asumían un lugar importante. Ortega, al desplazar a la filosofía hacia un cuestionamiento incierto del mundo, admitía públicamente que las cosas eran grandes o pequeñas sólo para el que las mira. Afirmaba Ortega ante el orgullo positivista de los argentinos, heredado de europeos decimonónicos, que nada había de cierto en el conocimiento. Se insinuaba un cier-

to relativismo filosófico en el cual sin duda tendrían influencia las teorías de Einstein. No es casualidad que entre los primeros artículos de *La Nación* del año 23 Ortega discutiera con sus lectores la personalidad y el sentido histórico de la teoría de la relatividad, incluyendo en su análisis el perspectivismo.

Sin entrar en discusión sobre las posibles diferencias filosóficas entre perspectivismo y relativismo, lo que se ponía en marcha desde la Cultural era la opción de una filosofía vitalista que sustituyera en el quehacer argentino el dogmático biologismo de laboratorio y la ciencia gris sin alegría de vida. Ortega, a medida que se va metiendo a fondo en sus conferencias en el sentido de la filosofía, propone alternativas creadoras con funciones perceptivas simples y a la vez complejas para el ojo americano capaz de elegir y seleccionar un paisaje propio, aunque no contara con talento para la abstracción metafísica.

Al ir dejando de lado la filosofía para dialogar con el argentino a nivel más intimista, de *santa conversazione*, el horizonte razonador de Ortega se movilizará hacia un perspectivismo cultural que sin duda recogió de su gira por Tucumán, Córdoba, Mendoza, Rosario o el Chaco. Ya en sus conferencias de la Cultural habría afirmado que los pueblos, como los individuos, tenían sus intimidades, su propia perspectiva de atención. Tenían cegueras, preferencias, modos de sentir y pensar, ideales y justificaciones inherentes a su conformación social. En su cuarta conferencia se le oye decir: «cada pueblo tiene un talento personalísimo para descubrir ciertas verdades, crear ciertos géneros de belleza, cumplir ciertos actos heroicos. Por eso cada pueblo ha depositado en el acervo común de la humanidad una parte de ciencia, de moral, de arte. La humanidad en conjunto, ve muchas verdades, pero no toda la verdad».

Durante los años 20 Ortega continuará desarrollando para los americanos del Sur un perspectivismo histórico que le serviría no sólo para trazar la línea divisoria entre culturas, sino también para

distinguir entre tiempos históricos distintos: el europeo, agotado y en descenso, aferrado a odios ancestrales; y el del nuevo mundo, ascendente, con poco pasado y mirando al futuro. Habría que tener en cuenta que este análisis se produce en medio de un conflicto bélico internacional, en momentos en que Europa no le dejaba al americano un modelo de civilidad adecuado.

En Argentina, Ortega asume un papel crítico y a la vez correctivo respecto a Europa. Le molestaba sobre todo su monismo cultural, del cual participaba también España, y entre sus colegas Eugenio d'Ors, quien había tenido una exitosa gira por Argentina predicando novecentismos culturales. Él también se encontró en medio de fallidas relaciones entre España, las colectividades españolas y los argentinos, donde se generaba un europeísmo de reacción antihispánica difícil de manejar. Por esta complejidad de sentimientos entrecruzados donde se juzgaba a Europa con poco criterio sólido y se exaltaba la americanización mundial, Ortega se esmera en presentar un horizonte histórico occidental más amplio, desarrollando un perspectivismo multicultural más equilibrado y respetuoso de tiempos y dinámicas históricas diversas. Ortega, desde el diario *La Nación*, ensancha la pupila del lector admitiendo que cada pueblo tenía su sistema nativo de preferencias y pretericiones, lo que denominaría su «tesitura», equivalente a un repertorio de realidades e irrealidades propias de la cual fluían costumbres, oficios, subjetividades y hasta misterios intransferibles.

A un público argentino que se preciaba de europeidad afrancesada, en su conferencia sobre nueva sensibilidad para la revista *Nosotros*, Ortega interponía la distancia entre el europeo, incluyendo la raza española, harta de glorias y angustias, y pueblos en estados germinales absorbidos por la organización económica. En el caso de España y Argentina, aun compartiendo identidades hondas de raza hispana, el ritmo de una es de rebosante optimismo, mientras que de cara al futuro la otra está agotada por su propio peso y des-

gaste histórico. Lo que une a ambas globalmente es el arribo del siglo XX, que traía consigo una nueva sensibilidad, un nuevo régimen de atención que detonaba una nueva manera de sentir el arte, la política, los placeres, etc. El perspectivismo que predicó Ortega ante el público argentino fue de ruptura con el agrio siglo XIX, de positivismo arrogante, de escepticismo agnóstico y excesivo utilitarismo materialista. Es lo útil, dirá en Argentina, lo que genera una moral perversa, aniquilando la moral creadora y dinámica, incluso entre pueblos de vida ascendente. No obstante, en el panorama desalentador de una guerra europea, América se le presentaba como el continente idóneo para romper amarras con pasados anquilosados y odios étnicos ancestrales. Esta realidad le impulsa a buscar en este público americano respuestas más frescas y a proponer propuestas innovadoras para el siglo que se inicia.

Por otro lado, en el Instituto Popular de Conferencias, Ortega, al definir al sudamericano, lo percibe como dotado de alas utópicas que no dejan posarse en lo actual. A las nuevas generaciones argentinas las incita a pensar con criterio propio sin imitar lo ajeno, abriendo un combate generacional entre el pasado que se hereda y el porvenir que se crea. A los jóvenes de América les propone quebrar el bisel del atroz siglo XIX y mudar de dirección con proyectos concretos y sin utopías irrealizables. El sudamericano, a la vez que era espontáneo y fresco, se movilizaba con una sensibilidad difusa. Tenía un gusto exquisito, pero le faltaba la densidad de pensamiento de que gozaba el europeo.

Del «hecho argentino» lo que más le interesaba a Ortega no era la prosperidad ganadera o cerealista sino el desafío de la cohesión social. La Argentina, con sus bocanadas de inmigrantes de todas razas, lenguas, costumbres y religiones, habría roto el hermetismo tradicional de las razas. El recién llegado podía rápidamente levantar hogares y henchir su peculio; sin embargo, esta facilidad podría convertirse en algo peligroso. Sin un Estado fuertemente cen-

tralizador, la vida argentina podría volverse brutal, desordenada y turbulenta. Desde estas primeras incursiones en el problema inmigratorio, Ortega comenzará a trazar el perfil social del Estado argentino, que en aquel entonces le pareció que tenía un «adelanto raro» como Estado socializador. La absorción y retención del inmigrante era tarea de un Estado que, como idea de nación, le hacía recordar al reinado de Castilla durante la Reconquista. En este primer viaje Ortega quedó impactado por los ríos caudalosos de inmigrantes que se mezclaban creando una civilidad de peculiar matiz.

Lo que nota Ortega de la sociedad argentina era la gran desproporción que existía entre su preocupación económica y el resto de las actividades del país. El excesivo afán de lucro heredado de la colonia española no cambió con la independencia. El caudal inmigratorio que llegaba de Europa en el siglo XX venía sediento de riqueza y con la fórmula activa de hacer dinero rápido. Estos dos elementos marcaban el rumbo de una nación joven donde hacer dinero y ascender socialmente eran la prioridad. Con lo cual la vida de este americano del sur poseía pocas variantes, con el agravante de que el argentino invertía poco dinero en ciencia y educación aun cuando su lema fuese educar para gobernar. Aprovecha Ortega para cuestionar en este contexto la situación de la Universidad en Argentina, que gozaba de las mismas carencias de la española, con la diferencia que las universidades europeas tenían más tradición y experiencia educativa de siglos y las de América se improvisaban con modelos ajenos.

En el largo debate sobre la decadencia española que se llevaba a cabo entre la sociedad española y la colectividad y en sectores intelectuales argentinos que tenían a la educación española muy por debajo del progreso educativo argentino, Ortega pone su nota rectificadora asegurando que la Junta para Ampliación de Estudios tenía un programa desarrollado para renovar las universidades y el

profesorado enviando a estudiantes a formarse en el extranjero. Ortega habría evidenciado los incipientes esfuerzos de las universidades de Tucumán y otros centros educativos por sostener los estudios de humanidades donde se reclinaba a la filosofía, considerados poco útiles o rentables en el presupuesto nacional. Es en este contexto donde se plantea si los argentinos querían una universidad en el sentido pleno de la palabra y no sólo como máquina para crear profesionales que se abriesen paso en la escala social. La técnica, les recuerda a los argentinos, es útil pero debe ser acompañada de principios éticos y morales que se aprenden en otras disciplinas más superfluas pero importantes para el espíritu.

En todo este planteamiento Ortega seguirá marcando distancia entre los tiempos europeos y americanos, los primeros más complejos y con larga experiencia cultural que les permite proveerse de ciencia sólida. La silueta argentina del 16 es la de un pueblo joven con inmigraciones que exigen un rápido crecimiento que no es sólo económico. Empujan a la creación de un Estado socializador, con capacidad de unificar, administrar, legislar y conservar instituciones. Lo que impulsa a Ortega a un diálogo con nuevas generaciones argentinas que no es de abstracciones metafísicas, sino esencialmente de tipo sociológico.

En los años 20 Ortega adapta su docencia a temas más urgentes y afines a una sociedad cuya gran diversidad requería cohesionar a grandes masas que vivían en la periferia de lo nacional. Ortega había visto operar este fenómeno dentro de la mismísima colectividad española que le invitó a Buenos Aires. La Asociación Patriótica Española era una de las múltiples instituciones del país que se fundaron con este fin de contención social del inmigrante. Ortega Munilla sacará de este primer viaje, en su serie de artículos para un diario de La Habana, la conclusión de que la irresponsabilidad europea y española, con sus guerras y crisis económicas, era la que provocaba que estas hordas hambrientas llegaran a Argentina,

asumiendo las colectividades la necesidad de custodiar e integrar paulatinamente a estas masas pauperizadas hacia un nuevo destino nacional. Comentaba en estos artículos que muchos barcos que llegaban repletos se volvían también a Europa llenos de inadaptados.

El peculiar tamiz de la inmigración no era suficiente para explicar el conjunto de raíces que constituían el alma americana. A Ortega le llegaban desde Argentina estudios históricos donde se buceaba en los orígenes de la colonia española o en otras fuentes europeas para explicar la estructura legal, política, administrativa de la joven nación. El positivismo tenía también estructurados los estudios históricos acumulando datos de archivos que para Ortega requerían una mirada histórica e intuitiva más detenida que la que merecerían si fuesen meros datos o fechas fijas. Nota además que la historiografía argentina se narra desde el punto de vista porteño, y con una retórica patriótica que idealiza a sus héroes y revoluciones. Para el americano, las revoluciones eran signo de orgullo patrio y cuantas más producía una nación, más valor adquiría su historia. El ocaso de las revoluciones será un asunto que Ortega tendrá siempre bajo manga para discutirlo con los sudamericanos, insinuándoles que una verdadera revolución no era un quita y pon de autoridades y gobiernos sino una lenta y progresiva mutación de mentalidades que finalmente gestan un gran cambio social.

Ortega inicia su cátedra de *La Nación* en enero de 1923; en marzo, publicaba sus teorías sobre el ocaso de las revoluciones y a la vez, bajo el subtítulo de «Ideas del Tiempo Nuevo. El horizonte de la Historia», ponía en marcha una docencia etnológica para historiadores que coincidía con su interés en la obra arqueológica de Frobenius en Africa, muy de moda en Europa. Ortega comienza discutiendo con los argentinos acerca del carácter orgánico de las culturas ocultas en Indoamérica. La etnología y la antropología, en pañales en Argentina, iniciándose tenuemente en las universidades, eran para Ortega los instrumentos adecuados para ahondar en

las raíces de un continente con culturas sumergidas en la conciencia de los pueblos americanos. Su viaje por provincias le ha de haber despertado esta curiosidad sin entrar a discutir científicamente las características de dichas antiguas civilizaciones. Lo que le interesaba a Ortega desde *La Nación* era inculcar nuevas perspectivas historicistas en los estudios americanistas.

Las Atlántidas, culturas evaporadas en el tiempo que conforman los orígenes de la humanidad, eran para Ortega un «fenómeno de América Latina con sus culturas latentes, ya sean prehistóricas o como pueblos salvajes». Podrían ser incas, indios pampa, mapuches, o guaraníes, cuyas reservas visita camino del Chaco con su padre. En esta serie de artículos, arrima Ortega su pupila al historicismo de las culturas «autóctonas», argumentando desde *La Nación* que la argentinidad debía comenzar por estas exploraciones y no por los orígenes de las repúblicas del Plata, a imitación de Europa, ignorando como los europeos a los pueblos sumergidos del continente. Civilización y barbarie, excluyéndose una a la otra, no era la dinámica histórica apropiada. Según la docencia orteguiana, el pasado europeo de las inmigraciones no les otorgaba a los americanos de sur la misma dimensión histórica que a los europeos; las de éstos eran dinámicas distintas y poco aplicables al componente americano. Sobre todo cuando se trataba de civilizaciones antiquísimas, el método para determinar sus ideas religiosas, políticas o artísticas requería nuevos enfoques que no fuesen los positivistas, que evaluaban las intimidades de pueblos remotos según su nivel de progreso a la europea.

En su artículo del 25 de marzo, Ortega decía textualmente: «cuando un historiador quiere penetrar en la intimidad de alguna vieja civilización, cuando intenta verdaderamente comprenderla, se ve forzado a hacerse tres o cuatro preguntas previas, siempre las mismas». Éstas serían cuál era el horizonte planetario de estas civilizaciones, qué porción del mundo les era conocida, de qué otras

ideas sabían, a qué apuntan sus conocimientos sobre lo extraño y distante, qué era lo periférico o decisivo para filtrarse en el alma de un pueblo o raza. Argumentaba Ortega que en la larga cadena de la historia universal, cada pueblo se inserta en un radio cósmico por medio de un horizonte espontáneo, donde lo nimio y lo íntimo adquieren importancia. Ortega no mide al salvaje con el civilizado dado que la historia es continuidad y ningún punto de vista o esfera tiene primero o último. Todos se apoyan y fundan unos a otros en la cadena universal, cuestionando Ortega el historicismo rectilíneo de un «progreso» hecho a medida del europeo, para quien las vidas primitivas eran marginales. Se verá más claro este razonamiento en su artículo del año 27 sobre «Hegel y América».

Según el sentido histórico que desarrolla Ortega desde *La Nación*, éste comienza cuando se sospecha que la vida humana en otros tiempos y pueblos es diferente a la de la edad moderna. Ortega destaca la distancia psicológica entre lo antiguo y lo moderno y se opone a la extrapolación de un espacio histórico con otro, a la usanza del historiador Mommsen, que busca al demócrata moderno en Atenas. Para ser más explícito, pone de ejemplo el asesinato de un rey africano, que para su tribu es tan «lógico» como para el contemporáneo europeo su sistema parlamentario. Ortega observa que en esta escala de valores relativos no tomados en cuenta radicaba el desfase de la conciencia histórica de Occidente, poco respetuosa hacia culturas de origen primigenio.

Le habrían llegado a Ortega noticias de que en Argentina se estarían renovando los estudios clásicos en las universidades, dando a entender que si no se incorporaba la etnología, lo arqueológico o antropológico a la historia universal lo que quedaría sería mera beatería histórica, patriotismo de progreso y democracia, apología nacionalista más que historicismo auténtico y serio. A Ortega le salieron impugnadores de estas teorías desde *La Nación*, pero lo cierto es que dentro de su punto de vista americano estaría desa-

rrollando allá por los años 23 y 24 ideas que todavía hoy podrían tener vigencia en una sociedad de conflictos multiétnicos, multi-raciales y de imperialismos de democracia y progreso.

Según vaya avanzando la docencia orteguiana, el perfil del hombre nuevo americano (del norte o del sur), que entra en la cadena de la humanidad en épocas de mucho tránsito, cuando se sabía de otras razas, se le presenta como una radiografía apasionada. Al buscar paralelos válidos recae en el Imperio romano, aglutinador de diversas gentes, que conquista lo que ya está hecho y se convierte en «centro» del universo. Son pueblos nacidos «excéntrica-mente», en el caso de América del Norte con vocación de desplazar del centro y el dominio del mundo a Europa. Dentro de este contexto Ortega verá como parte esencial de la gesta americana la doctrina Monroe, detrás de la cual, guste o no a las juventudes de la izquierda argentina que declamaban contra el dólar y el armamentismo norteamericano, deberían alinearse por tratarse de una política continental irreversible.

El americano, reflexionaba Ortega desde *La Nación* bajo el paraguas de un nuevo horizonte histórico, dividía al mundo en dos: pueblos jóvenes con poca tradición y pueblos viejos que arrastran pasados que ellos desean superar. Aunque Ortega sabe diferenciar entre el americano «yanqui» y el porteño del sur, ambos compartían un destino mirando hacia adelante, sintiéndose centro, desplazando a Europa como continente en extinción, pero imitando su cultura. Desde «Las Atlántidas», Ortega pone en marcha una docencia correctiva respecto a estas deformaciones americanistas que se formalizarán y expresarán con más contundencia en su texto de *La rebelión de las masas*.

Lo que sobrevuela en la docencia orteguiana es la noción de que si bien el americano de pura raza nacido en plena modernidad gravita hacia el futuro, el presente de este ciudadano era una vitalidad precaria donde nada es definitivo. La vida en estas socieda-

des era precipitada, poco sólida. A los jóvenes argentinos, de gran agilidad mental, les faltaba criterio para hacerse dueños de una cultura. Estas reflexiones orteguianas tendrán consecuencias más serias a la hora de evaluar al hombre a la defensiva argentino, cuya inseguridad radicaba en no querer asumir un destino o profesión como parte integral de su vocación de ser humano, dejando que su vida resbalara y cambiara de piel como la serpiente. Este prototipo de hombre criollo se escondía detrás de una máscara social, sin revelar el fondo insobornable de sí mismo. Ortega atribuía esta falta de autenticidad argentina precisamente a esta falencia de no querer tener nada definitivo.

En todo este entramado de antropología psicológica donde Ortega introducía su implacable bisturí crítico a las viscerales falencias americanas, en el tironeo entre lo europeo y lo primitivo del hecho americano, surgía la necesidad de forjarse una identidad nacional en pueblos pujantes en lo económico pero inseguros en esencialidades. Dentro de este proceso de búsqueda Ortega intentará poner algunas cosas en su sitio, sobre todo cuando el argumento derivaba hacia las expectativas de «americanizar» Europa y el mundo.

Las ideas del norteamericano Waldo Frank, que tenía obnubilados a muchos jóvenes argentinos con sus teorías acerca de la muerte de París y de Europa aparecidas en diarios porteños, pusieron en alerta a Ortega. Si bien Frank era muy crítico del *American way of life*, de los efectos del confort y la tecnología en su gente uniformizada y deshumanizada, no obstante prevalecía la panacea de una vida americana como garante de felicidad y de superación de toda crisis social, política y económica. Muchos argentinos compartían esta visión de Norteamérica, enganchando a la Argentina al vagón de la prosperidad que venía del norte como ideal de civilización superadora de la decadencia europea. El debate que inició Ortega en Amigos del Arte en 1928, las visitas de Frank y el con-

de de Keyserling en 1929, más los estudios de Ortega sobre los Estados Unidos del 30 al 32, mantuvieron encendida esta polémica que Ortega incorporó a su *Rebelión de las masas* y que derivaron en dos obras, *La América hispana* de Frank y *Meditaciones sudamericanas* de Keyserling, ambas publicadas y traducidas al español por Espasa-Calpe.

Con anterioridad a este escenario de ideas, Ortega habría publicado en abril y junio de 1928 en *La Nación* «Hegel y América». Ortega traía a colación el monismo cultural de una figura admirada por historiadores y estudiosos de filosofía en Argentina. En este artículo, Ortega despliega las arbitrariedades que un pensador germano comete con América, cuando la define como continente infantil, sin destino fijo, de culturas autóctonas bárbaras, de poca civilización. Sin embargo, a la hora de distinguir el norte del sur, Hegel encontraba más posibilidades en la América protestante, más respetuosa del individuo, de la propiedad privada, propensa a la industria y la ganancia, que desarrolló instituciones y vida pública con seriedad. La América hispana, en cambio, estaba dominada por el poder militar y clerical, y la vanidad hispana de títulos y honores. En su evaluación, la América católica y caciquista, vinculada a los defectos del Imperio español, salía peor parada.

Ortega no esconde las limitaciones de esa versión hegeliana, pero le sirve para reabrir un gran debate sobre el alma americana y sobre el proceso de colonización, monumental fenómeno histórico que no había sido estudiado. En toda esta discusión, Ortega incluía a los argentinos dentro de la prosperidad norteamericana. Eran Estados Unidos y Argentina dos polos de una riqueza y bonanza que no eran eternas y podrían acarrearles a ambos graves problemas sociales y económicos. A fines de los años 20, Ortega percibe la desestabilización financiera del mundo, advirtiendo que ni siquiera el gran coloso del norte quedaría inmune a este tipo de fracaso.

Al regresar Ortega a Argentina a mediados de 1928, nuevamente se topó con el retorno de Yrigoyen, período en que el ascenso de las masas populares, del hombre medio, o del mediocre, como lo llamaría José Ingenieros, se volvía una realidad abrumadora. Sobre todo, percibió el ascenso de las inmigraciones y de la aristocracia venida a menos a la burocracia estatal. El Estado nacional aseguraba una renta estable al que no había llegado a hacerse la América trabajando o conservando herencias patrimoniales. Era un «Estado botín», como lo llamaría el embajador de España en aquellos años, don Ramiro de Maeztu, quien entre 1928 y 1930 previó la gigantesca burocracia estatista que podría llevar al país a hundirse.

El ascenso de las multitudes ya había sido un fenómeno analizado por argentinos como Ramos Mejía, Ingenieros o jóvenes sociólogos de revistas provinciales; incluso por periodistas y caricaturistas, prestándose a bufonadas en diarios de todo tipo sobre el componente social argentino repleto de «chantas», compadres criollos o filósofos de café. Colaboradores de la revista *Nosotros* estaban preocupados por el avasallamiento de «lo vulgar» en espíritus selectos y cultos. Cuando Ortega inició su introducción a *La rebelión de las masas* ante un público liberal conservador de elites porteñas, intentó calmar los ánimos respecto a la rebelión y avance de las masas en el mundo entero. No era motivo para angustiarse, decía Ortega: el hombre vulgar poco a poco aprenderá a valorarse a sí mismo. Si bien Ortega recomendaba una pacífica asimilación de masas, no dejaba de tocar las conciencias de las elites, convocándolas a la responsabilidad de ejercer un liderazgo para elevar el nivel social. Las minorías selectas deberían rellenar con cultura el hueco que dejaban las masas vacías de cultura general.

Con gesto calmo, en estas conferencias de Amigos del Arte auspiciadas por *La Nación*, Ortega, según relata el diario, asumía la existencia de lo que Keyserling habría definido como «hiperdemo-

cracia». Ésta venía de Norteamérica y anticipaba un cambio multitudinario aún mayor. Eran masas que sabían utilizar la técnica, pero, como dejaría explicitado en su libro *La rebelión de las masas*, entre estas masas vulgares convivía el «especialista», nuevo género de bárbaro que nacía de las entrañas del progreso y la ciencia especializada, sin conocimientos generales. Era un bárbaro más que tenía acceso a la soberanía, pero no necesariamente a la cultura. A los argentinos adoradores del modelo del norte y sustentadores del liberalismo consumista sajón, les recuerda Ortega que ellos mismos, con sus elecciones de vida, habrían sido protagonistas en el nacimiento del fenómeno de masas. Por de pronto, las ideas liberales decimonónicas, que las repúblicas americanas asumían con orgullo como credo nacional, alimentadas por ciudadanos burgueses que predicaban democracias igualitarias, habrían generado su propio monstruo emancipador. A las elites terratenientes argentinas que habían hecho de la Argentina el granero del mundo les advertía que su liberalismo económico había producido efectos similares al incorporar mano de obra europea barata, que luego se había convertido en masa expansiva y exigente. A esta selecta audiencia de Amigos del Arte les advierte que si el nivel histórico había subido de pronto en el mundo, el fenómeno era atribuible al continente americano. Con lo cual el público conservador argentino era protagonista activo en estos trastornos sociales que ahora le atemorizaban.

En este primer avance sobre *La rebelión de las masas* en América, Ortega impulsaba aspectos provocativos del debate sobre las masas y reflexiones americanistas, relanzando la discusión sobre una vida ascendente-descendente, cuestionando el creciente protagonismo de Norteamérica, que tenía endeudada a Europa, y reafirmando su rotunda negativa a la «americanización» de los europeos. Algunos sectores influyentes de Argentina compartían el «panamericanismo» utópico de la supremacía yanqui con ciertas men-

tes europeas; en los americanos, Ortega lo atribuía a la arrogancia y prepotencia de pueblos jóvenes, en los europeos de larga memoria, lo declaraba «chochez».

En este flujo y reflujo de ideas antieuropeístas o panamericanistas que compartían mentes y revistas porteñas, Ortega les recordaba a los argentinos que los temidos socialismos, comunismos y fascismos europeos eran también consecuencias de la libertad niveladora del Norte. A la retórica progresista del nivel medio, que se daba el lujo de despreciar todo lo español como atraso antidemocrático (recordemos que estaba gobernando la dictadura de Primo de Rivera, mal vista por los sectores llamados democráticos o de vanguardias literarias), a las presunciones antihispanas del criollo, Ortega responde con «El hombre a la defensiva».

«La Pampa promesas» y «El hombre a la defensiva» fueron artículos publicados en *El Espectador* donde Ortega dejaba entrever sus impresiones del viaje del 28. En el segundo artículo contestaba a las «guarangadas» del hombre masa argentino del sector de la revista *Martín Fierro*, demostrando que aun siendo *intelligentsia* y vanguardia literaria tenían un lado soez y vulgar proveniente de un narcisismo nacionalista pretencioso que incorporaba a París y Nueva York a su tradición literaria, con exclusión de Madrid y de la lengua española. Este dislate, sobre todo el del idioma criollo, degeneró en insultos de baja estofa en personalidades de la talla de Borges, Scalabrini Ortiz, Marechal y otros, que se ensañaron contra Ortega por haber sugerido un acercamiento de la cultura de vanguardia española con la argentina.

«El hombre a la defensiva» es un retrato de un modo de humanidad criolla con sus fracturas internas y su falta de autenticidad.* Argumentaba Ortega que la *performance* materialista argentina no le garantizaba madurez. En este artículo retoma la imagen del Estado argentino, al que encuentra parecido al de Berlín, Estado gendarme y autoritario que le daba la espalda al individuo y a la es-

pontaneidad social. En Argentina, Ortega detecta un desequilibrio entre la idea de Estado y su realidad social. Las exigencias de las masas inmigrantes parecían ir por delante del Estado insuflado por argentinos como un alto módulo de aspiración nacional. Si la idea de nación era su Estado, Ortega percibía que éste se proyectaba con una altura mayor, acorde a su soberbia vocación imperial, pero con pobre programa de vida para sus ciudadanos.

Si al argentino, como al norteamericano, le impulsaba un ideal promisorio, la distancia entre lo que se es y lo que se quería ser era abismal. La pulida idea que se tenía del Estado generaba una falta de sincronización que coartaba iniciativas. Ortega vislumbra las fallas del estatismo hipertrófico argentino y en tiempos de fascismos y comunismos europeos advierte que la formidable máquina del Estado podría convertirse en triturador de libertades individuales y colectivas. Tocar el resorte del poder público, ese gigantesco artefacto autoritario, con su fabuloso cuerpo mecánico ortopédicamente ajustado a la sociedad, podría ser un proceso peligroso. Frente al liberal, que proponía deshacerse del corsé del Estado, Ortega tendrá mucho que decir en 1939. En el 29 le preocupaba más la intervención y el autoritarismo estatal argentino, que le traía a colación la eventual ruina del Imperio romano debido al aplastamiento de la espontaneidad social.

Si Ortega en el 16 había observado con ojo positivo al Estado unificador e integrador de masas inmigrantes, en 1928, ante el primitivismo político de bolchevismos y fascismos imperantes, se preocupa por un Estado que permitiera la civilidad y un aire respirable para el individuo en medio de las masas, a las que les gustaba la sensación de un Estado arrollador. Con cierta ironía pregunta a la nación argentina si «al fabricarse esa sublime idea de sí misma no se ha dejado influir por esa valoración hipertrófica del Estado que padecen las naciones europeas». Lo que le llevará a preguntarse también si el hombre argentino que gesticula, se viste

y habla lenguas europeas puede ser comparable con el modelo que imita. Ortega percibe que a este americano del sur que se siente europeizado, en su vida las cosas le pasan de otra manera. En Argentina parece que uno choca permanentemente con una ilusión óptica.

Al analizar lo que hay detrás de la máscara argentina, Ortega se encuentra con una persona convencional, pura fachada, con empaque y posición social pero sin un destino profesional asumido. Por esto mismo, suele este ciudadano estar a la defensiva, defendiendo una función pública que parece estar en peligro, amenazada por alguien que le arrebatara el puesto o rango social. Esto lo atribuye Ortega al factor inmigración, con su feroz apetito individual y una audacia que pone en marcha la sobrevivencia de la consabida viveza criolla. Ortega describe en este ensayo las inmigraciones sin un mínimo rasgo de romanticismo utópico: son gentes desencajadas que llegan de sus sociedades nativas desesperadas por hacer fortuna rápido. En Argentina, ascender socialmente significaba vivir presionado, en perpetua alerta. Los puestos universitarios se ocupaban por su valor rentístico y no por capacitación profesional.

En este ensayo del 29, Ortega estaría trazando la radiografía de la gran burocracia argentina, casta que crecía bajo gobiernos populistas, como indicaría también Maetz en su *Defensa de la hispanidad* de 1934. Los oficios técnicos, la sanidad, la justicia, estaban llenas de hombres ineptos, audaces, que se adherían al puesto público sin vocación profesional, en una sociedad no acostumbrada a exigir competencia. La gran mayoría de esta burocracia ejercía sus actividades de manera improvisada, adoptando en compensación gestos convencionales para convencer al otro de que se es lo que se representa. Uno debe autoconvencerse a sí mismo en una profesión que no acepta como destino vital. No considera ese oficio o puesto como definitivo, utilizándolo para hacer fortuna y adquirir jerarquía social. Este «gigantón» de una masa burocrática que vie-

ne de la inmigración y se ve amenazado por ella, es incompetente y le falta amor al oficio.

Otro modelo que Ortega verá surgir a su lado en la masificación argentina es el hombre factoría, personaje abstracto, todavía no argentinizado y de reciente inmigración, que vive en la periferia de los ciudadanos nacionalizados. Este elemento factoría que aparece en este segundo viaje será motivo de estudio en el tercero. Le recuerda nuevamente al modelo romano, donde subsistían grupos que convivían y se movían en diferentes cronologías sociales. El dominio del hombre abstracto sobre el histórico en Ortega aparece como formando parte del aluvión atlántico que Argentina todavía no habría podido digerir del todo, y prefigura el peronismo sobre el cual Ortega no opinará, aunque según comentarios familiares parecería que lo vinculaba a este fenómeno. Ortega, al analizar el emporio argentino, les dice a los argentinos que nada les aclararía más en su análisis sociológico que adentrarse en la primera faz de la historia romana.

Al tocar el narcisismo del argentino, la espléndida idea que tiene de sí mismo, de su Estado y su nación, reconoce que muchas cosas logradas en la vida argentina se debieron a este impulso, al culto de la idea de sí mismos, pero a su vez le atemoriza ese mirarse sin descanso fija la vista en su quimera personal. Si el americano en general es centro, el argentino es demasiado centro, demasiado narciso, está demasiado enamorado de su argentinismo, por lo que genera un tipo de patriotismo vanidoso que el europeo no comparte. Esta representación de un rol imaginario es lo que le vuelve susceptible y lo paraliza en sus dotes naturales. El deseo de vivir a lo grande produce en Argentina parálisis y guaranguería y poca autenticidad.

Esta sacudida al orgullo nacional tiene su contrapartida en su contestación «Por qué he escrito “El hombre a la defensiva”», publicada en *La Nación*, donde las críticas orteguianas aparecen como

una deuda hacia un pueblo que se hace nación, con Ortega arriando el hombro allí donde hace falta. Y si encuentra en esta etapa de su vida desmoralizado al argentino de 1930, es porque no vive auténticamente lo que es, sino una ficción de sí mismo.

En medio de una crisis internacional, el argentino —que según Ortega no se ha mantenido vigilante a los cambios estratégicos mundiales que podrían afectar su bienestar—, debe por primera vez vivir de su propia sustancia en todos los órdenes, moral, económico, político e intelectual. Por esto mismo, es importante que se sume al duro quehacer de estructurarse como nación y aceptar una rigurosa disciplina que le permita modificar la moral colectiva. Ortega insinúa que el modo de ser argentino, para alcanzar prestigio debe enfrentarse a sí mismo para redescubrir su intimidad colectiva e individual. Esta llamada, hoy vigente, era una sacudida a que se concentraran en valores auténticos para desmoralizar a sus masas.

Tras este rapapolvo a los argentinos, Ortega inicia su serie de artículos sobre los Estados Unidos; el primero de ellos, «Los nuevos Estados Unidos», publicado en exclusiva en *La Nación* el 22 de mayo de 1931, antes de la *débâcle* norteamericana. La serie «Sobre los Estados Unidos», para el periódico *La Luz*, se publicó también en *La Nación* en 1932, incorporando la realidad del fenómeno de la Depresión.

Las audiencias eran distintas. El primer artículo apuntaba a la conciencia antieuropeísta de los americanos del sur; los otros, a los europeos embobados por Estados Unidos. Pero todos servían de eje para el gran debate sobre la americanización de Europa a ambos lados del Atlántico. En el primer artículo Ortega admitía ante los americanos que los europeos tenían su tensión vital baja y que les deprimía el hombre auroral, pujante de América. Se sentían inferiores en esta encrucijada histórica, desinflado su ideal heroico, pero no estarían ni muertos ni abiertos a una inyección americana

para revitalizarlos. Incluso advertía de que se iniciaba una nueva etapa que comenzaba con «una depresión americana y de resurgimiento europeo». No acepta Ortega la premisa de los paletos del Viejo Continente, que elevaban el nivel de vida humana americana a una altura sustancial y no accidental.

La crisis económica del gran coloso del norte le daría temporalmente la razón. Cuando retoma sus ensayos «Sobre Estados Unidos» derrumba con gusto el esnobismo de estos europeos «paletos» y recalca al americano que los mitos de una vida sin riesgo y a prueba de todo fracaso eran puro infantilismo de pueblos sin experiencia y poco pasado. Lo interesante de esta última serie es que desde allí comenzará la mirada histórica de Ortega a dirigirse hacia atrás, a ese otro fenómeno de la vida americana primigenia, la del pionero que no es el «autóctono», transformándose en un ser psicológicamente distinto dentro de su misma generación. Este gigantesco fenómeno, según dirá Ortega en *La Plata en 1939*, no pertenecía ya a la historia de las colonias en América, sino a la existencia colonial después de la estricta colonización. Fue una forma de vida histórica menguante que continuó después de la independencia de las colonias, con su fisiología y patología propias.

Al entrar en el debate del infantilismo americano, Ortega introduce otro tipo de hombre americano, el pionero que llega a América no a conquistar sino a colonizar con su técnica europea bajo el brazo. La tierra vacía que habitan razas nativas de altitud humana inferior a la del colono somete a este europeo a un proceso de regresión cultural. Este tipo de habitante de la pradera norteamericana, o el vasco, catalán, andaluz o asiático que se incorporó a la pampa o al chaco argentino, en un entorno salvaje se vuelve más primitivo, dejando de lado sus refinamientos urbanos o el pulimento de origen. Su zona vital es tan elemental que se torna rudo y a la vez más petulante por el poderío adquirido en el nuevo mundo ante la civilización matriz.

Según desarrolla su tesis, Ortega describe a un colono de psique anacrónica, que sufre la gran transformación del paisaje, como sería el caso del gaucho argentino, tipo muy discutido por los extranjeros que se enfrentan a la pampa, o del mismo estanciero de la épica del Martín Fierro, de costumbres recias, usos y vestimentas acriolladas, que defiende su nueva posición de primer llegado ante otras inmigraciones. Este hombre elemental es separatista, defiende su peculiar ganadero y su filosofía de lo criollo como algo adquirido con esfuerzo y puro machismo colonizador. El colonizador de vieja raza, en América se rejuvenece volviéndose adolescente. Las tierras históricamente más jóvenes ablandan al viejo europeo, cambiando incluso la figura física de sucesivas generaciones. Comienza en esta transformación a emerger un nuevo tipo corporal común.

Dentro de este proceso, el fenómeno colonial es distinto al de la inmigración, que ya viene equipada de derechos y reivindicaciones sociales politizadas. El colono, en cambio, sufre la dualidad de su entorno y su origen primigenio, perdiendo algo de su intimidad. Su alma se vacía o es mero mecanismo espiritual, conservando el utilaje material y a veces social de gran modernidad en una vida elementalizada y estandarizada. De este modelo de hombre y mujer vacuos derivará la mocedad superficial del americano, que rejuvenece pero a su vez demuestra cierto primitivismo esencial. Para el europeo, y Ortega no será el único en interpretar al ciudadano del norte con estos parámetros, el norteamericano conservaba una periferia social activa, la perfección de lo externo, sin vida interior.

Estas teorías, que comenzó desarrollando en 1932, las repitió y amplió ante una juventud argentina de La Plata en 1939, generación que resentía ser etiquetada de pueblo joven. Sus «Meditaciones del pueblo joven» reiteran las distintas edades americana y europea, situando a los argentinos en la categoría de una vida adolescente y anticipando que quizás estarían terminando el vivir en

abundancia, al decaer esa forma de vida bucólica que era la vida colonial en las turbulencias de una segunda guerra mundial.

Hacer historia era para Ortega un requisito de maduración que en la América hispana México parecía estar trazando antes que el resto. El no tener una vida asumida se debía a la falta de historia, indicando sin embargo que la América del Norte ya se estaría forjando un destino propio, distinto al europeo, emancipado de él totalmente y con capacidad de liderazgo internacional. No dirá lo mismo de Argentina, que todavía añora sus muñones europeos, con un panamericanismo que no ha resuelto del todo sus relaciones con Estados Unidos. En 1939 dirá que a pesar de su alarde de separatismo hispano, seguía siendo una sociedad de fugas y añoranzas utópicas.

«La Pampa promesas» de 1929 describía este paisaje espectral de estructura anómala como tierra de mies, futurismo concreto de cada cual donde las ilusiones, si no se cumplían, eran tremendas derrotas. El *homo oeconomicus* argentino dependería totalmente de su abundancia rural, como en una rueda de la fortuna. La Pampa se extenúa en gestos promisorios, llenando el alma criolla de heridas y de divino descontento. Parecería que en Argentina las vidas se evaporaban en utopías promisorias sin llegar a las cosas y con la sensación de no haber consumado su real destino. Diez años más tarde, en 1939, aconseja dejar de lado las suspicacias, narcisismos y complejos nacionales que tenían paralizadas las potencias espirituales para abrir el pecho a las cosas. Si el argentino dejaba fluir su egregia curiosidad y su claridad mental, el país podría dar un gran brinco hacia adelante.

Cuando Ortega, dentro de su razón histórica, retoma estos temas en el tercer viaje, la crisis internacional se agudiza en Europa y en España el Caudillo hacía *razzia* de todo rastro liberal o de independencia intelectual laicista. En el discurso para las bodas de plata de la Cultural, Ortega reconstruye cuidadosamente su pasa-

do en la curva histórica con las colectividades españolas. En el eterno debate de las relaciones entre España y Argentina –y ante una sociedad que renegaba nuevamente de la madre patria a raíz de la sangrienta guerra civil y del triunfo nacionalista, que tenía divididos a los españoles residentes en el país–, Ortega afrontará decididamente la cuestión. El asunto de las relaciones históricas con España era asunto delicado. Sin embargo, Ortega dejó asentada la premisa de un proceso histórico compartido. La «España que la Argentina fue», afirmaba, perdura en las secretas alquimias del país, a pesar de la voluntad nacional de negar o destruir el vínculo.

En ningún momento suaviza la conflictiva historia entre la madre patria y sus colonias de América. El separatismo inherente ya en los conquistadores y que pasó a los colonos y de allí a los padres de la independencia, era realidad inexorable de todo proceso emancipador. Lo que no estaría dispuesto a sacrificar era la conformación de una raza hispana con la sangre española que se mezcla en estos pueblos, aun cuando los repertorios de vida ya fuesen distintos y hasta contradictorios. América era parte de España y viceversa. Con firmeza, Ortega las incluye a ambas en su definición de «cosas consabidas», cualquiera que fuese la independencia de los Estados. Sería historia de cicatrices y heridas, pero lo consabido seguía siendo un tesoro común que nadie podría extirpar. Cuando se metiera la mano en las arcas de la historia, se vería este proceso que le daba sentido al presente.

Ortega, en medio del horror de exilios y guerras, rescata la vena rica de una historia hispánica compartida. Pero será rápido en aclarar ante el presidente de la República y las autoridades argentinas presentes en el acto de la Cultural que la disociación colonial no conduce a vidas divergentes, sino a una nivelación homogénea, a formas de vida común. «Bien entendido, no es que vayan asemejándose a España, sino que todos, incluso España, avanzan hacia formas comunes de vida... no se trata, pues, de nada que se parez-

ca a eventual aproximación política, sino a cosa harto más importante: la coincidencia progresiva en un determinado estilo de humanidad». Palabras difíciles de expresar ante el recelo hispano de la intelectualidad del 39.

Este recelo, y la frustración que sintió Ortega al no poder comunicarse con los argentinos al perderse el santo sacramento de la comunicación con su audiencia americana, le producía angustia. El lenguaje no cumplía con el fin tosquísimo de entenderse, prevaleciendo un vocablo equívoco que no le permitía retomar una mínima docencia exploratoria, a pesar de que habría dado un curso en Amigos del Arte sobre «El hombre y la gente» y en la Facultad sobre la razón histórica. En su «Meditación de la criolla», por Radio Nacional, Ortega no oculta su exasperación declarando que la argentina se habría tornado en una sociedad de miles de objetores.

«Meditación de la criolla» fue un intento de incorporar al debate americano a la parte femenina de la cultura hispánica. El conde de Keyserling, en sus meditaciones sudamericanas, habría lanzado juicios muy poco elogiosos hacia la contrapartida femenina del flanco criollo. La encontraba simuladora, ladina como la cultura india, y una seductora que no se atrevía a cruzar la raya, como fue su experiencia personal con Victoria Ocampo. En 1939 Ortega contribuye con una versión positiva de la criolla, a quien encuentra sincera, elástica, muelle, con capacidad de adaptación y sin extravagar en su rutina. En contraste con el feminismo anglosajón y nórdico, esta criolla sudamericana era mujer ascensional y no niveladora. No necesita ser igual al hombre.

Esta serie de charlas radiofónicas acabaron en frustración para Ortega. La lluvia de críticas que recibió de su público preferido, el femenino, era indicio de que su docencia ya no tenía sentido. Había llegado en su última estadía en Buenos Aires a la tremenda paradoja de que el auténtico hablar debía componerse de silencios. Como último intento de dialogar con el sudamericano respecto a

sus esencialidades, Ortega retorna al Imperio romano desde una serie de artículos en *La Nación* en 1940. Más que una radiografía del argentino respecto al Imperio romano —que ya habría asociado con el emporio y la sociedad factoría—, Ortega dedicará sus esfuerzos a desenredar la maraña lexicográfica donde el significado social de palabras como libertad, democracia, progreso, capitalismo, liberalismo, eran moneda corriente entre argentinos, sin que se conociera a fondo el sustrato de estos vocablos. Estos términos eran manoseados por jóvenes, historiadores, escritores, artistas, periodistas, sociólogos. Muchos de ellos alardeaban de antimonarquismo hispánico; otros, vociferaban libertades sin respetar la libertad de conciencia del individuo. En Argentina, se quejaba Ortega, se habla y se habla de todo tipo de cuestiones, pero careciendo en todas ellas de claridad y tolerancia. Sobre todo en el concepto de *res publica*, con sus inherentes disensos y consensos, que en la historia de Roma tenía sus características propias y en América sus equivalentes y contraposiciones diferenciadas, perdiéndose con frecuencia el equilibrio de fuerzas políticas.

Ortega se lamentaba de que palabras como ley, derecho, Estado, colectividad, autoridad, justicia social, en Argentina no representaban los conceptos adecuados. Ortega habría percibido desde 1916 que no era la metafísica sino la sociología lo que buscaba el espíritu inquieto del americano de sur, pero aun en este terreno subsistían confusiones. Por esto mismo habría venido con su «El hombre y la gente» bajo el brazo, dispuesto a analizar la base de tanta confusión, el término genérico de la palabra sociedad.

Con respecto al Estado, en su serie sobre el Imperio romano dirá que Argentina necesita de un Estado-nación, que no se puede dejar a la deriva a una sociedad, como pretendía la ausencia estatista de los liberales. Desde Argentina Ortega proponía un equilibrio entre el Estado autoritario y el del *laissez passer*, argumentando que toda gran empresa necesitaba de cimientos sólidos, de una auc-

toritas, como en tiempos romanos. Un Estado de mando era necesario para una cohesión social argentina que no degenerase en estatismos rígidos. Conociendo lo que el liberalismo económico representaba en Argentina, sobre todo en el sector de *La Nación*, y estando al tanto de las persistentes quejas de la izquierda sobre el capitalismo y el predominio del dólar, Ortega no resta importancia a la libertad comercial, pero insiste en que debe llevarse a cabo bajo la tutela de un Estado activo. La libertad, argumentaba en sus artículos, requería consensos, creencias hondas y la facultad de amoldar lo social a la piel de un Estado nacional y a sus instituciones. Esto era para Ortega en 1940 la medida de la auténtica *libertad* para todos los tiempos y continentes.

En tiempos de alteración europea, Ortega les exigía a los americanos del sur el lujo del ensimismamiento en territorios de paz. La reflexión era necesaria para elaborar temas sociales, ideas y creencias que se pulverizaban en las grandes crisis, la volatilización de la fe, como dejaría dicho en su conferencia sobre Luis Vives en el Colegio Nacional de Buenos Aires.

Dos textos más intimistas reflejaban el estado de ánimo de Ortega en Buenos Aires durante su exilio. En la «Balada de los barrios distantes» se siente deprimido en la ciudad factoría, mezcla de pueblo pastoril y de fauna atroz que pulsa en la calle Corrientes y Florida. Lo pastoril tiene su conexión con el colono europeo rural; la factoría, con aquel hombre abstracto de negocios febriles, consumismo de escaparates, de apetito urgente de masas. Como en Norteamérica, estas masas generaban audacia, grosería, prisa, pero sin duda eran las turbinas de una nación. Lo que rescatará Ortega de este panorama será la familia primigenia argentina, que se conservaba intacta en la inmensa aglomeración urbana. Su viaje por la Quiaca le retrotrae a la mujer andina y su gracia criolla, último resguardo de la América germinal que se extinguía en Buenos Aires.

En toda esta trayectoria americanista en que Ortega lleva su mirada hacia atrás y hacia delante en la historia de las relaciones de estas naciones jóvenes respecto de Europa, permanentemente revisa sus conceptos salvaguardando los distintos tiempos y dinámicas de un continente a otro. No se cansó de hurgar en las raíces del tiempo para descubrir identidades y fórmulas variadas de hacer nación. Desarrolló una antropología social compleja dentro de la evolución de su propia geometría sentimental compartida a fondo en la intimidad argentina. Todo este esfuerzo didáctico no puede ser tenido, como se ha sugerido, como mero diálogo literario o como juego de poca sustancia con la magnífica intimidad criolla. Cuando Ortega, para los festejos de la Cultural, retoma su pasado personal y traza la curva histórica de las relaciones entre la Argentina y España, confronta a su público diciéndoles que él no ha venido a Argentina a hacer literatura. «Ya he dicho, ya he hecho constar recientemente, que yo no hago nunca sólo literatura».

Sirva esta frase contundente para situar el perspectivismo cultural orteguiano respecto de América, en una categoría superior a lo anecdótico o literario. El punto de vista americano en Ortega es un animal viviente que se mueve según las necesidades de su público, tiene sus flancos de reflexión e inflexión histórica con otras culturas, adquiere ribetes de sociología incipiente, de intimidad vital compartida y de respuesta orgánica a la composición de un nuevo mundo, situándose frente a Europa en medio de dos conflictos internacionales. Queda mucha más tela para cortar dentro del riquísimo perspectivismo americanista de Ortega. Pocos han analizado con tanta hondura como lo hizo Ortega el real sentido íntimo de estas naciones emergentes, demarcando niveles variadísimos de percepción humana. De lo que estamos seguros es que estos distintos niveles de la cultura occidental se incorporaron a las profundidades de la filosofía orteguiana siendo difícil su desmembración dentro de los círculos concéntricos que forman su pensamiento universal.

Detectar la reciprocidad del punto de vista americano en Ortega es tarea de muchos años de investigación. Encontrar ese hilo conductor requiere de esa gimnasia mental y esa mirada larga pendular que proponía en el Colegio Nacional de Buenos Aires en 1940 cuando dejaba establecido que «hasta dónde hacia atrás y hasta dónde hacia adelante haya que recurrir para aclarar una situación, o un hombre, es cosa que en cada caso habrá que determinar».

Consciente de que después de una guerra se instalaba de nuevo la humanidad occidental en otra mansión de modernidad, la americana, el desafío para los estudiosos será evaluar la actualidad desde esta óptica orteguiana. Se requiere a ambos lados del Atlántico intuición y una gran agilidad de percepción cultural, como la que desplegó Ortega, para poder incluso acotar adecuadamente su enérgico reciprocarse con el singular perfil de los argentinos.

M. C.



■ LIBROS

Ortega, desde todos los puntos de vista

JOSÉ LASAGA MEDINA: *José Ortega y Gasset (1883-1955). Vida y filosofía*. Editorial Biblioteca Nueva/Fundación José Ortega y Gasset, colección Los Papeles de la Ortega, Madrid, 2003, 196 pp.

La Fundación José Ortega y Gasset ha iniciado dos colecciones en colaboración con la Editorial Biblioteca Nueva. La primera de ellas, El Arquero, recupera el virtuoso escudo que fue lema del proyecto vital y filosófico de José Ortega y Gasset, y la segunda, Los Papeles de la Ortega, quiere ir publicando escritos de autores del entorno de la Fundación y del Instituto Ortega y Gasset, textos menores –por el tamaño, no por el contenido– que a veces encuentran difícil cauce en las editoriales comerciales. Entre sus primeros títulos, ambas colecciones han entregado a las prensas estudios sobre José Ortega y Gasset como muestra del renovado impulso que la Fundación está dando a los estudios orteguianos, el cual culminará en fechas próximas con una nueva edición de las *Obras completas* del filósofo.

El libro de José Lasaga no responde del todo al proyecto de la colección en la que nace sino que está llamado a convertirse en un breviario o *vademecum* de los estudiantes y profesores que pasan por la Fundación y